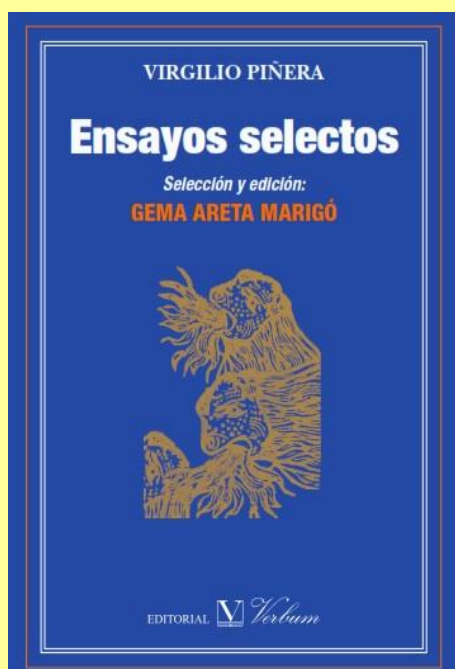




Virgilio Piñera: *Ensayos selectos*. Edición, introducción y selección de Gema Areta Marigó. Madrid, Verbum, 2015, pp. 341.

Gema Areta Marigó, profesora titular de literatura hispanoamericana de la Universidad de Sevilla, después de la publicación de estudios cruciales sobre la obra de José Lezama Lima (cf. *José Lezama Lima: la palabra extensiva*, Verbum, 2011), nos ofrece en esta ocasión una invaluable recopilación de la obra ensayística del escritor cubano Virgilio Piñera. Tal obra crítica, según la especialista, es un ejemplo de «estética fronteriza y disidente de la teleología insular de Lezama». Los textos antologados siguen la primera edición, salvo el caso de «Piñera teatral», donde se han cotejado las ediciones de *Lunes de Revolución* y la del *Teatro completo*.



La vida de Virgilio Piñera (Cárdenas 1912-La Habana 1979) parece aproximarse a la de Antonin Artaud, una «lucha por la subsistencia diaria, lucha contra su propia personalidad», sostendrá Areta Marigó desde el estudio preliminar a la edición. Su subjetividad dialéctica decantará en el «dinamismo de

las formas literarias (poesía, teatro, cuento y novela)», pero sus ejercicios ensayísticos «se encuentran enraizados en el entramado cognoscitivo que sostiene toda su obra, y donde la argumentación adquiere (fuera de los géneros) diferentes concreciones que incluyen artículos periodísticos, páginas autobiográficas, cartas, editoriales de revistas, prólogos, solapas, reseñas, conferencias, entrevistas, reportajes, etc.». De ahí la relevancia de primer orden de estos textos reunidos en calidad de metatextos de la literatura piñeriana.

En La Habana, Piñera había formado parte del grupo de escritores y literatos que, en el año 1944, habían hecho posible el nacimiento de *Orígenes*, publicación que llegó a ser, según afirma Trinidad Barrera, «la revista más cerebral, erudita y de resonancia universal de todo el Caribe, al tiempo de convertirse en una de las más significativas de la cultura americana contemporánea». Ya forman parte de la historia cultural y social de la isla los enfrentamientos ideológicos, estéticos y estilísticos entre el flaco, vegetariano y formalmente descuidado Virgilio Piñera y el glotón, obeso, asmático y *bon vivant* José Lezama Lima, primer impulsor de la revista y gran maestro de los diez poetas pioneros que Cintio Vitier incluiría en su antología *Diez poetas cubanos*, en 1948. En una primera instancia, Lezama Lima y Piñera comparten en aquella fase la creencia común en la exigencia de una suerte de «descolocación temporal necesaria» para que Cuba pueda *nacer de nuevo* (de aquí el nombre de la revista: poder volver a la raíz) y la voluntad demiúrgica de crear una literatura capaz de mantener su identidad frente a todos los *ismos* europeos. No obstante esta comunión de principios, con el tiempo la evolución creadora de Piñera lo llevaría a apartarse de los moldes estéticos de *Orígenes*, hasta marcar una ruptura artística e ideológica con lo anterior: esta fractura se hace patente con la publicación de *Ciclón* (cuyo director es sí J. Rodríguez Feo, pero cuya dirección oculta queda a cargo de Piñera). A propósito de las posibles lecturas de este progresivo distanciamiento, es menester señalar la presencia de un fondo religioso evidente en *Orígenes*, mientras en la obra de Piñera, los personajes se encuentran solos ante el universo «y no les queda otro remedio que valerse por sí mismos frente a una realidad en la que los dioses han muerto [...]. Como consecuencia de esta postura existencial, a lo largo de la trayectoria artística de Piñera –y sobre todo después de la publicación, por la editorial Losada, de *La carne de René* (1952)– el culto de la carne sustituye al culto del espíritu y el autor llega al punto de transformar las frases de la biblia en sus opuestos» (cfr. Giuseppe Gatti, 2013).

Hombre empeñado en encontrarse consigo mismo, «el centro gravitatorio de su prosa crítica será la legitimación de su destino como escritor, para desde él acceder al horizonte histórico de la cultura cubana. Pero, además, Virgilio Piñera se convertirá en privilegiado cronista de las vivencias letradas insulares (tanto propias como ajenas), determinantes al hacer su particular balance de ‘Mis 25 años de vida literaria’», señala Areta Marigó. Este aspecto de la reflexión crítica

de Piñera es recuperada en la primera parte de los *Ensayos selectos* («Vida literaria»), pero también en los editoriales que componen la segunda parte, y especialmente en la tercera, «Literatura cubana», en la que Piñera reflexiona sobre diferentes modos de hacer poesía, sobre los valores más jóvenes de la literatura cubana, la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Casal, Martí o Ballagas.

La cuarta parte de los ensayos selectos está dedicada a la presencia de Virgilio Piñera en Argentina. En la capital rioplatense, la actividad de Piñera como corresponsal de *Orígenes* se extiende hasta el año 1949: sus rasgos estilísticos, que José Rodríguez Feo había siempre tildado de «coloquiales», se encuentran en abierta contraposición con el barroquismo culto del desbordante Lezama Lima, y es sobre todo en los cuentos donde Piñera parece forjar un estilo que se muestra en oposición declarada a la redundancia neobarroca del gran impulsor de *Orígenes*. Es justamente esta búsqueda de la sencillez del estilo, de la ausencia de ostentación y adornos el rasgo que con más contundencia enlaza con las modalidades de escritura (y traducción) de la novela del escritor polaco Witold Gombrowicz, *Ferdydurke*, que ayuda a traducir en Buenos Aires. En esta sección nos encontramos con escritos que atestiguan tal labor de traductor, juicios críticos sobre *Ferdydurke* o pinceladas e intercambios epistolares con su autor, así como palabras destinadas «al lector argentino».

La quinta parte está dedicada a un problemático binomio, «La revolución y el escritor». Constituye un testimonio de primera mano de la vinculación de Piñera con el periódico *Revolución* (órgano oficial del Movimiento 26 de Julio que llevó a Castro al poder, fundado en enero de 1959 y dirigido por Carlos Franqui) y de su suplemento literario *Lunes de Revolución* (bajo la dirección de Guillermo Cabrera Infante y la subdirección de Pablo Armando Fernández, editado entre el 23 de marzo de 1959 y el 6 de noviembre de 1961). Bajo la égida de estas publicaciones «se iría formando una primera generación de escritores y artistas de la Revolución, con la incorporación también de ciertos valores consagrados», señala Areta Marigó. La primera contribución de Piñera en *Revolución* apareció el 15 de enero de 1959 con el título de «Nubes amenazadoras», y el primer ensayo de *Lunes* sería «Permanencia de Ballagas», el 14 de septiembre de 1959. La extraordinaria cantidad de artículos publicados entre 1959 y 1961 muestran la influyente posición alcanzada por Piñera, asesor de colaboraciones y números monográficos. Pero los amores por la Revolución se irán disolviendo en la noche de los tiempos... «Incentivada por la censura y el secuestro del cortometraje P.M. de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez por el ICAIC, Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos) la crítica piñeriana no ha dejado de insistir en la importancia del miedo en su escritura, convirtiéndolo en uno de sus principales artificios». Cuando el 11 de octubre de ese mismo año el recién creado Ministerio del Interior inicia una redada contra pederastas, prostitutas y proxenetas («Noche de las Tres Pes»), Piñera será

detenido, conducido a prisión y su casa de Guanabo sellada. Como forma de reacción ante los hechos, la más valiosa obra crítica de Piñera terminará refugiándose en el teatro.

La sexta parte de estos ensayos están dedicados, precisamente, a tal etapa: la de la dramaturgia. «Piñera teatral»: «¿¿¿Teatro???»; «Alfred Jarry o un 'joven airado' de 1896», «Teatro y traductores», «Prólogo a *Teatro de la crueldad*», «Notas sobre el teatro cubano» o «Artaud, fundador de una nueva vanguardia», son algunos de los escritos medulares de la sección. Como señala Areta Marigó, el internamiento de artistas y escritores por «conductas impropias» provocó en Piñera un constante estado de shock; para Antón Arrufat, es desde aquel opresivo ambiente homofóbico desde donde debe entenderse la escritura de la pieza teatral «El no» (comenzada en enero de 1965 y terminada en mayo del año siguiente). La estética pánica de Piñera será censurada por el régimen: en *Verde Olivo, revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba*, Leopoldo Ávila impugnará su impugnación sobre la obra teatral premiada de Piñera, *Dos viejos pánicos*, a la que calificará de «obra cerrada, sin esperanzas, asfixiante», fundada en la presencia constante del miedo.

La edición se completa con una séptima y última parte, intitulada «otras lecturas»; allí Piñera nos ofrece apuntes sobre pintura y literatura, nacional y universal, pasando de la Ovidio a la pintura de René Portocarrero, a Valéry, Kafka, Freud, la novela social o el Quijote.

En abril de 1971 la política antihomosexual quedó proclamada durante el Primer Congreso de Educación y Cultura. El caso Padilla y el comienzo del llamado quinquenio gris (1971-1976) marcan el declive definitivo de Piñera. «Atrincherado en secretas tertulias, como la de los sábados en la casa de la familia de Juan Gualberto Gómez, mantuvo su inquebrantable fe por la literatura escribiendo sin descanso para caminar por el infierno cotidiano. Como si lo hubiera previsto, su muerte el 18 de octubre de 1979 no detuvo la revolución de un pensamiento (de una vida) que sigue convocando, con su lenguaje de gestos, insospechadas posibilidades de expresión». Labores como el de Areta Marigó constituyen una justa exhumación póstuma del complejo y valioso universo piñeriano.

Giuseppe Gatti Riccardi